SÁBADO, 21 DE MAYO DE 2016 ABC
abc.es/conocer

Muere Miguel de la Quadra-Salcedo, el aventurero del siglo XX

▸Reportero, explorador, atleta, amante de la aventura y de la historia, inculcó en miles de jóvenes una forma apasionante de vivir

ALMUDENA MARTÍNEZ-FORNÉS
MADRID

Miguel de la Quadra-Salcedo era tan difícil de describir que ni siquiera él mismo supo decirnos, hace muchos años durante un viaje por América, qué le gustaría que pusiera su esquela el día que abandonara este mundo. Reportero, explorador, atleta, ingeniero agrónomo, amante de la aventura y de la historia... Ninguna de estas descripciones bastan para definir a aquel caballero escapado del siglo XV al que le gustaba burlar las leyes de la prudencia. Al final, tantos desafíos le pasaron factura, pero él no sabía vivir de otra manera.

Leal a la Corona, desde los Reyes Católicos a Don Felipe, pasando por Don Juan Carlos, Miguel era un apasionado de América, pero España le quitaba el sueño. Hasta hace pocas semanas, llamaba a sus amigos, a las horas más intempestivas, para comentar las noticias que le inquietaban.

Transgresor e imprevisible, era muy difícil conocer a fondo a Miguel. Hace cuatro años, cuando cumplió 80, sus amigos más cercanos le organizaron un homenaje sorpresa, pero él no estaba preparado para recibir halagos. Austero, recio y pudoroso, se desenvolvía mucho mejor en la adversidad, con una anaconda enroscada en el cuello, transmitiendo una crónica bajo una lluvia de balas o con cientos de jóvenes hambrientos y picados de insectos a su cargo en medio de la selva. En esos momentos, se crecía y daba a todos una lección de superación.

OSADÍA
Le gustaba burlar las leyes de la prudencia. No sabía vivir de otra manera

La última lección

Su última lección la dio el pasado julio, cuando se escapó del hospital para no perderse la audiencia que había concedido el Rey a la Ruta Quetzal. Miguel se quitó la vía del suero y el tubo del oxígeno y acudió a La Zarzuela, como llevaba haciendo más de 30 años. Y, como había hecho siempre, se creció en el momento clave. Se levantó de la silla de ruedas para saludar al Monarca, y después, dirigió unas palabras durante siete minutos sin papeles.

—No, no te levantes, Miguel —imploraba en vano Don Felipe.

—Me he escapado literalmente del hospital —le respondió De la Quadra, con la satisfacción de haber transgredido otra vez las normas de la prudencia.

—Miguel, tú has sido un ejemplo todos estos años. Lo sigues siendo, y te agradezco el esfuerzo añadido hoy de estar aquí, contra la voluntad, seguramente, de los médicos. Pero te conocemos y sabemos que no hay nada que te frene —le dijo el Rey.

Apasionado de América

Aunque nació en Madrid (30 de abril de 1932), Miguel siempre se sintió vasconavarro, la tierra en la que creció y descubrió a Julio Verne y en la que aprendió a lanzar la jabalina con una técnica con la que batió el récord mundial en 1956, pero que no se le reconoció. Ese mismo año, «descubrió» América, gracias a una beca para estudiar Ingeniería Agrónoma y Civil en Puerto Rico. Exploró durante tres años el Amazonas realizando clasificaciones etnobotánicas y empezó a emitir reportajes para TVE, que le nombró su primer corresponsal en Iberoamérica. Viajó por todo el mundo, siempre con libros y mapas en su maleta; cubrió las guerras de Vietnam, Eritrea y Congo, el golpe de Estado de Pinochet y la muerte del Che Guevara, y se convirtió en una referencia para toda una generación de periodistas.

Miguel se obsesionó con la idea de acercar «las dos orillas del Atlántico». Decía que no se podía conocer bien España sin conocer América. Fue por aquellos años cuando Don Juan Carlos, otro amante de Iberoamérica, le pidió que hiciera algo por «acercar a los jóvenes de las dos orillas» y empezó a organizar las expediciones de estudiantes. Ayer, Don Felipe y Doña Letizia enviaron a su viuda el más cariñoso de los telegramas: «Siempre le estaremos agradecidos por su inestimable labor al frente del proyecto Ruta Quetzal, que no sólo ha contribuido enormemente a estrechar los lazos con Iberoamérica, sino que ha significado un compromiso cultural y social para jóvenes de todo el mundo».

La muerte le sobrevino ayer, el mismo día que murió Cristóbal Colón 510 años antes. Falleció en su casa de Pozuelo de Alarcón, acompañado por su mujer, Marisol de Asumendi, que siempre le entendió y le acompañó en sus más osados proyectos, igual que sus hijos, Rodrigo, Sol e Íñigo, y sus nietos. Pero De la Quadra deja también huérfanos a los diez mil jóvenes europeos y americanos que le acompañaron en alguna de sus aventuras y a los que inculcó una forma mucho más apasionante de vivir la vida.

ABC
KIOSKO Y MAS

La vida de Miguel de la Quadra-Salcedo, en una galería de fotos

ABC, en su última sesión fotográfica

Al regreso de la Ruta Quetzal 2015, cargado de ilusión para poner en marcha el blog de ABC.es «Framework», tuve claro que era «imprescindible» un retrato del reportero que todos quisimos ser, enamorado de América, su mejor embajador. Miguel aceptó la propuesta. Miguel siempre estaba dispuesto a colaborar. Su cabeza inquieta y curiosa le mantenía joven y le llevaba más allá de donde su cuerpo podía al final. Le había fotografiado en su querida ruta y actos institucionales. Miguel tenía una presencia única, transmitía fuerza, valor, solidez, credibilidad. Y simpatía y humildad. Le propuse un retrato «crepuscular», estaba en el último tercio de su vida, nadie pensaba que se fuese tan pronto. Posó como era. Con agilidad, elegancia, paciencia y acierto. En su casa, mirando hacia su jardín donde tantas horas pasaba leyendo, apoyado en su inseparable «makila». «Enséñamelas» . «Uf, estos pliegues debajo de la barbilla me hacen más mayor», «si a ti te gusta... tú eres el profesional». Cuánto respeto.... Adiós a un grande, ha sido un privilegio poderte retratar. IGNACIO GIL, FOTÓGRAFO DE ABC

La desmedida fuerza del deportista

ARCHIVO ABC

El 4 de noviembre de 1956 batió la plusmarca mundial de lanzamiento de jabalina, pero la Federación Internacional no homologó su récord por haber utilizado una nueva técnica, «estilo Erauskin». Formó parte de la Sección de Atletismo del Real Madrid C.F. y consiguió nueve campeonatos de España, seis en disco, dos en peso y uno (en Oviedo, 1956, en la imagen) de martillo.

IGNACIO GIL

El intrépido reportero

ARCHIVO ABC

En 1963, TVE lo contrató como reportero de guerra. En su primer destino, Congo, fue condenado a muerte. Hizo reportajes sobre la China de Mao (en la imagen, en la Ciudad Prohibida), la muerte del Che Guevara o la guerra de Vietnam.

El expedicionario de alma «quetzal»

ARCHIVO ABC

Fue el Rey Don Juan Carlos quien le sugirió en 1979 que crease un programa de intercambio cultural entre los países latinoamericanos declarado de interés universal por la Unesco y Miguel creó Aventura 92, que luego derivó en Ruta Quetzal y Ruta Quetzal BBVA. La familia de expedicionarios a la que inculcó educación en valores y respeto al entorno está compuesta por más de 10.000 personas. E. MONTAÑÉS

Supermán con bigote

ANÁLISIS

ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA

Miguel de la Quadra era un auténtico Supermán, que además lucía un fabuloso y envidiable mostacho que le encantaba atusarse cuando iba a decir algo importante. Y sus poderes no provenían de haber nacido en una galaxia lejana, sino de su fuerza interna puesto que había nacido en Madrid, como tanto hijo de vecino normal y corriente.

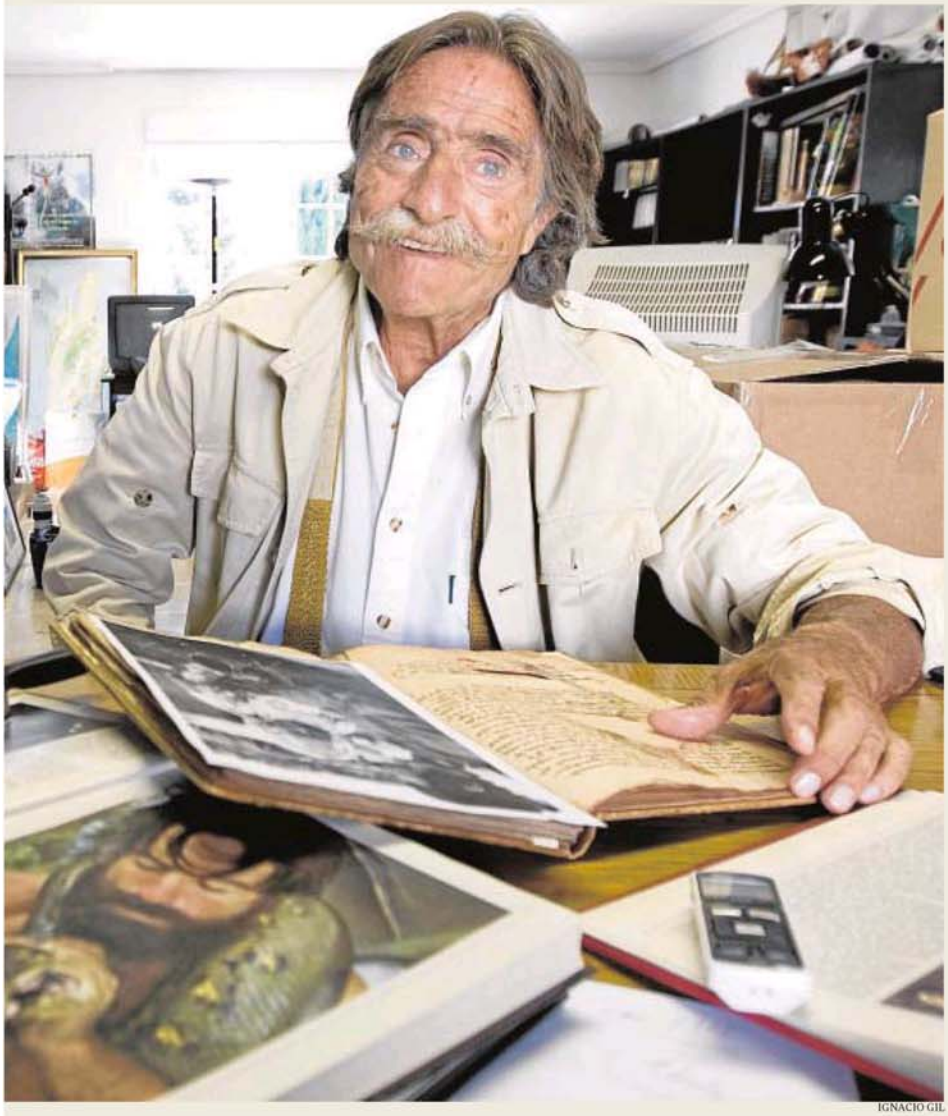
Pero incansable y en ocasiones agotador. Excelente amigo con el que compartí aventuras, riesgos y momentos difíciles, desde las selvas africanas al chaco paraguayo, su gran problema estribaba en que de improviso se quedaba como un tronco y aunque lo zarandeáramos advirtiéndole «que venían los malos» seguía roncando hasta que de improviso daba un salto y reanudaba una actividad que acababa con todos.

A menudo cenábamos juntos y cuando hace unos años apareció con grueso bastón y le pregunté que le ocurría, me respondió con su natural sinceridad: –«Estoy acojonado». -Eso es absurdo- señalé- Te he visto en plena batalla, con las balas silbando, y ni siquiera te inmutabas. -¡Ay Albertito, Albertito!- me respondió- Una cosa es que nos pegaran tiros para que corriéramos, y a veces bien que corríamos, y otra es ver que se te acerca un hijo de perra con un bisturí que parece una bayoneta, te abre el pecho de arriba abajo y comienza a hurgarte en las venas o el corazón. ¡Eso sí que acojona!

Y una vez más tenía razón porque los seres humanos, sobre todo los seres humanos de la fuerza y el carisma de Miguel, son capaces de enfrentarse a cualquier enemigo y vencerlo, pero existe un amigo que cuando te traiciona acaba derrotándote: tu propio cuerpo.

Contra esa innoble traición nadie ha vencido nunca; ni siquiera un supermán con un super bigote.

ALBERTO VÁZQUEZ FIGUEROA ES ESCRITOR



IGNACIO GIL

Adiós al aventurero del siglo XX

Un personaje fuera de serie

JOSÉ LUÍS BALBÍN

A primera hora de la mañana de ayer, me enteré de que ha muerto Miguel de la Quadra-Salcedo, uno de los más grandes reporteros de todos los tiempos, y no exagero. Yo he vivido de cerca sus comentarios sobre Ho Chi Minh, sobre ETA, sobre diferentes tipos de secuestros y todo lo habido y por haber. Supo contar los convenientes e inconvenientes de cada uno de los personajes que había conocido y que le preocupaban. Nunca presumió de lo que sabía y de lo que no sabía, porque de todo tuvo. Decía verdades como puños y mentiras sin exagerar. Fue el caso de cuando le dispararon con riesgo a uno y otro lado sin presumir de ello. Miguel asumía riesgos.

Poco después de rememorar estas informaciones me entretuve también comentando con otro periodista que le conocía igualmente. Yo había elucubrado ya sobre temas parecidos: desde el secuestro del cónsul Beihl hasta los disparos que le cercaron en la República Dominicana. Miguel se había convertido en un personaje fuera de serie.

Hace tiempo había convencido a algún banquero para que le financiase la Ruta Quetzal, lo que le sirvió para prolongar sus viajes al exterior.

Curiosamente, fue lo que le produjo los mayores inconvenientes aventureros. Yo no sé qué fue lo que le creó otros inconvenientes. Ayer de madrugada me enteré de que ahí acababan sus aventuras. Tendré que repasar la Ruta Quetzal, a la que siempre me había negado a acompañarle. Tendré que hablar con su familia para saberlo. [SOCIEDAD]

Elogio unánime y pena compartida

DON FELIPE Y DOÑA LETIZIA
Los Reyes enviaron un mensaje de condolencia a la familia de De la Quadra-Salcedo, destacando su enorme trabajo y legado tanto en lo personal como en lo profesional

MARIANO RAJOY
PRESIDENTE DEL GOBIERNO
«Fue un gran aventurero, impulsor de la Ruta Quetzal, cuyo legado perdurará siempre»

PEDRO SÁNCHEZ
SECRETARIO GRAL. DEL PSOE
«Si alguien nos enseñó los grandes valores del deporte, ese fue Miguel de la Quadra-Salcedo. Inolvidables aquellas aventuras»

ALBERT RIVERA
PRESIDENTE DE CIUDADANOS
«Fue un reportero valiente que ayudó a muchos españoles a conocer el mundo»

FRANCISCO GONZÁLEZ
PRESIDENTE DEL BBVA
«Miguel ha sido una persona extraordinaria en todos los sentidos. Un personaje único e irrepetible»

MANUEL CAMPO VIDAL
PTE. ACADEMIA DE TELEVISIÓN
«Es una leyenda de la televisión en España, de las que dignifican la profesión y marcan un referente admirable como guía para los jóvenes periodistas»

TACHO DE LA CALLE
DIRECTOR Y REALIZADOR DE TV
«Con De la Quadra-Salcedo desaparece el referente del reporterismo en la televisión de este país»

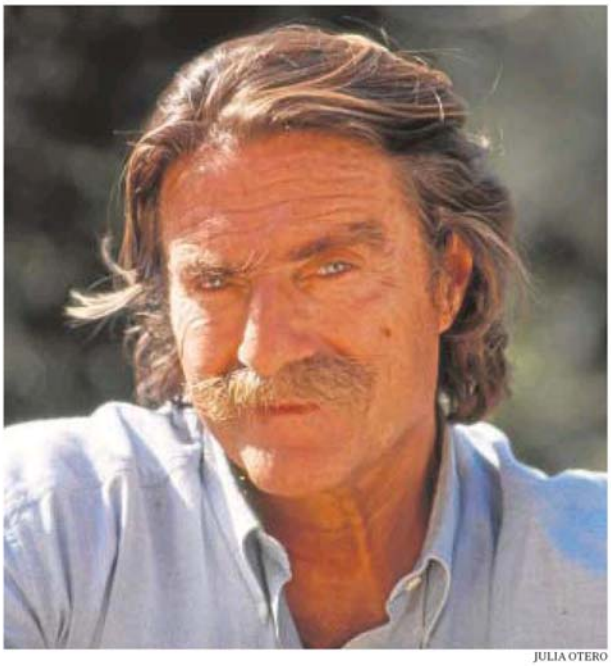
Miguel de la Quadra-Salcedo (1932-2016)

Un hacedor de sueños

▸ Nos enseñó a asomarnos a esas culturas y a esos países con respeto, fascinación y con inmensa curiosidad

Cuando he visto la foto de Miguel de la Quadra-Salcedo en el periódico, junto al titular que anunciaba su muerte, he de decir que no ha sido pena lo que he sentido, sino unas ganas enorme de salir a la aventura.

No puedo evitar pensar en aventuras cuando veo la cara ancha y cincelada de don Miguel, donde todo era exagerado, la nariz grande, esa melena que se resistía a las canas, su bigote profuso, la piel curtida al sol de los trópicos, y ese azul tan claro de sus ojos. Tenía la corpulencia de esos fortachones antiguos, antes de que se inventaran los torsos depilados y los cachas de gimnasio, y tenía un armario para todas las ocasiones, podía (des)vestirse como Tarzán para ducharse en una cascada, ponerse después un sombrero y una camisa con las que le arrebataría a Clark Gable su papel en «Mogambo», o lograr ese toque entre lo formal y lo informal con el que nos imaginamos a un lord inglés tomando el té en su mansión. Diría que parece un rostro de otra época, uno podría imaginarse con su cara a cualquier gran explorador español del siglo XVI, pero en realidad pertenecía más a la ficción que a la historia. A mí me recordaba a las novelas de Sandokán, a las de Joseph Conrad o a los cómics de Corto Maltés. Tenía la capacidad de hacernos soñar sin necesidad de palabrería, bastaba verle caminar por la selva como si estuviera en el Retiro, para pensar que la vida también podría ser eso, un paseo por el mundo.



JULIA OTERO

Miguel de la Quadra-Salcedo nació el 30 de abril de 1932 en Madrid, donde falleció el 20 de mayo de 2016. Reportero, promotor cultural y atleta español, especializado en las pruebas de lanzamiento. Fundó y dirigió el programa de estudios y aventuras Aventura 92, posteriormente conocido como Ruta Quetzal.

En 1993 yo tuve la inmensa suerte de participar con diecisiete años en la Ruta Quetzal, un largo viaje de exploración y aprendizaje organizado por él, donde atravesamos el Atlántico en un barco escuela con gente de todos los países americanos, descubrimos las islas del Caribe, las ciudades mayas de Honduras, Guatemala y México, acampamos en la selva del Petén y cruzamos a México en una canoa por el río Usumacinta. Fue una de las grandes experiencias de mi vida, que nos permitió a mí y a mucha más gente descubrir la inmensa fortuna que suponía poder acceder a tantas culturas, tantos países y tantas personas gracias a una misma lengua compartida. Miguel de la Quadra-Salcedo nos enseñó a asomarnos a esas culturas y a esos países con respeto, fascinación y con inmensa curiosidad, dejando atrás todos esos miedos con los que muy a menudo se retrata a Iberoamérica. Le debo el gusto por la exploración y por las Américas, lugar que he recorrido mucho y por el que sigo viajando desde mi casa en Tejas.

No le voy a desear a don Miguel que en paz descanse, que es una expresión que no me gusta nada y que se ajusta poco a la persona que fue, sino que le deseo que siga inquieto, viajando y explorando nuevos mundos.

JACOBO BERGARECHE
EXPEDICIONARIO DE LA RUTA QUETZAL 1993

EL RECUADRO

ANTONIO BURGOS

EL ALBA EN QUE FUI RODRIGO DE TRIANA

Miguel de la Quadra fue el último descubridor de las Américas. En vez del pendón de Castilla plantaba allí su Ruta Quetzal

CUANDO otros de su edad andaban con los discos de Carosone, de Modugno o del Festival de San Remo, él cogió el suyo, sin guateque ni picú, y se fue a Roma. No de disc-jockey como Raúl Matas las tardes radiofónicas en que «desde la SER, con alegría, llega a su casa Discomanía», sino a competir por España como lanzador de discos en la Olimpiada de 1960. Antes creo que había sido lanzador de jabalina, lo cual le pegaba muchísimo más por lo suyo de la defensa del indigenismo precolombino al otro lado de la mar oceana que España dominó un día en el que seguía soñando. Hablo, naturalmente, del caballero don Miguel de la Quadra-Salcedo, que yo creo que en su perenne aventura como reportero de guerra de TVE había coincidido un día con Ponce de León por la parte de la Florida y habían encontrado juntos la fuente de la eterna juventud.

Miguel era de la casta de los descubridores que cantábamos en el himno guasón de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida: «Recuerdo a Las Casas / a Alonso de Ojeda/ y a Paco Pizarro». Miguel de la Quadra, colega de Paco Pizarro, fue el último descubridor de las Américas en nombre de España. Lo que pasa es que en vez del pendón de Castilla plantaba allí los reales de su Ruta Quetzal, con siete mil millones de chavales a los que les transmitía cada año (¿verdad, Juan Pablo Bellido?) su orgullo por el conocimiento de nuestro pasado imperial y el respeto por las culturas precolombinas, aztecas, toltecas y chichimecas. Y sigo con el Himno de La Rábida: «Encomenderos indianos/ y franciscanos de mal vivir». Miguel tenía planta o de espadachín de Pérez Reverte «avant-la-letre» o de héroe de la Historia de los Descubrimientos Geográficos, asignatura explicada por Florentino Pérez Embid. Como en el romance del Conde Arnaldos, Miguel sólo cantaba su canción a quien con él iba. A quien se embarcaba en la locura maravillosa de su Ruta Quetzal. Tuve el honor de que me invitara un año a embarcarme, camino de la Nueva España, en unión de otros guasones del Reino, como mi compadre Alfonso Ussía o Antonio Gala. Embarcamos en Lisboa a bordo del «J. J. Sister», el viejo transbordador de la Transmediterránea harto de hacer de vapor-correo entre Cádiz y Canarias. Miguel, en su locura entre Hernán Cortés y Magallanes, había rebautizado al barco como el «Guanahaní». Mi compadre y servidor, junto con el ingenio de Gala, cuando en los diez días de navegación hasta las Antillas Menores como escala hacia Puerto Rico y Veracruz casi habíamos acabado con las reservas de güisqui de la gambuza, sacamos de pila al «J. J. Sister» con otras iniciales: el «J. B. Sister». De la matrícula de Kilmarnock (Escocia), naturalmente.

En aquella larga travesía por el Atlántico comprobé día a día el entusiasmo docente de Miguel con sus chavales de la Ruta Quetzal y su eterna juventud. Cuando desembarcamos en Guadalupe, era el que más rápido caminaba por los fangales impracticables del bosque tropical. Se transformaba en descubridor. Había embarcado hogazas de pan en Lisboa, que les iba enseñando a los ruteros para que vieran cómo en tiempos de Colón no había más remedio que comer a bordo galletas como remedio contra el escorbuto, porque las teleras lisboetas cada día tenían más moho verdoso y repugnante.

La Ruta Quetzal era como una Universidad flotante, quizá muy en el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Cada hora enseñaba algo novedoso e interesantísimo a los chavales, vestidos todos de Capitán Tapioca. ¡Cuánta América llevaba dentro aquel reportero! La noche que nos aproximábamos a Guadalupe, llamó a la puerta de mi camarote y me dijo: «Te despertaré temprano, para que subas al puente y desde la megafonía de a bordo grites, como Rodrigo de Triana, el "¡Tierra a la vista!". Ese grito se dio con acento sevillano y con acento sevillano hay que seguir dándolo siempre, Antonio». Y así lo hice, al alba, que toda la noche se habían visto pasar pájaros. Gracias, Miguel, por haberme dejado hacer de Rodrigo de Triana en tu siempre juvenil entusiasmo por la América Hispana.

JM NIETO *Fe de ratas*

UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO CAMACHO

LA MÍSTICA DE LA AVENTURA

Pasó del periodismo a la aventura para eludir el nihilismo, el tránsito moral que convierte a un observador en un cínico

SE le había puesto a Miguel de la Quadra-Salcedo —y Gayarre, que hasta en el nombre tenía ecos de historia resonando por su genealogía hidalga— cara de veterano de los tercios de Flandes, como de un Alatriste crepuscular envuelto en la memoria de muchas décadas de riesgos y de azares. Esa estampa elegante y recia, con el bigote afilado y la piel surcada de vientos y soles, no podía ser otra que la de un aventurero remansado entre libros, mapas y la huella de varias vueltas al mundo en sus espaldas. Tenía el raro privilegio de parecer lo que era y de ser exactamente lo que parecía, sin papeles ni imposturas; era el actor perfecto de su propio personaje, con la planta cabal para explicarse de un solo vistazo a sí mismo.

Hay un punto de inflexión clave en un hombre tan vital, tan enérgico, y es el momento en que decidió cambiar el periodismo por la aventura. O más propiamente, el periodismo de guerra por el periodismo de aventura. Él solía explicar que le llegó un momento en que sintió, al cabo de tantos tiros, tantas batallas, fusilamientos, golpes de Estado, genocidios, zozobras y conflictos, que no podía seguir adelante sin tomar partido; ante la tentación de la ideología, o de los sentimientos que a menudo disfrazamos de ideas, escapó hacia el relato puro del desafío a los límites, como un explorador decidido en pleno siglo XX a investigar por todo el planeta sus escasos rincones desconocidos. Pero quizá más bien ese salto representaba una opción de vida más generosa y más optimista: pasó de narrar en directo los fracasos de la Historia a interesarse por sus grandes éxitos. Tuvo, un poco como el maestro Kapuscinski, la intuición de un cambio en el punto de vista de su testimonio; se lanzó tras el rastro del progreso y la supervivencia de la Humanidad para salvarse del naufragio existencial del nihilismo. Para eludir el cruce de ese cabo de las tormentas morales que convierte a un observador en un cínico.

Por eso fue mucho más que un aventurero: fue un pedagogo. Los siete mil chavales que paseó por la Ruta Quetzal —en barco, a pie, en avión o en mula— son su legado educativo, un testamento vivo de identidad cultural y de pertenencia comunitaria, una narrativa testimonial del pasado común entre España e Iberoamérica. Una lección de historia plena, caminada y respirada, basada en la impresión intransferible de la experiencia. Una manera cosmopolita de hacer patria joven a tumbos sobre los itinerarios sentimentales que cruzan las fronteras.

Toda la vida de Miguel fue un inquieto, audaz compromiso con el desafío y la superación. El deporte, el reporterismo, los viajes. Épica y mística de trotamundos a la que acaso sólo le faltó tentar como astronauta la aventura del espacio. Por eso su muerte produce pena, pero no tristeza; pocos 84 años puede haber tan vividos, tan intensos, tan ricos de plenitud, tan exprimidos de existencia.

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

CRÓNICAS GRANADINAS

TICO MEDINA CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD DE GRANADA Y DE LA PROVINCIA

Crónica de una muerte anunciada

Se me murió, también, Miguel, que un día me hizo un comentario que yo quería ponerlo y quiero, sigo queriendo, en mi libro 'Granada descubrió América' –cuando pueda reunir, si llego a tiempo, las crónicas aquellas de cuando buscaban los granadinos por el nuevo continente, gracias a la generosidad de IDEAL y de aquel granadino excepcional que fue Sebastián Pérez, padre–.

Le pedí a Miguel si me dejaba decir en una sola página lo que yo confirmaba en el título:

–«Claro que sí, porque es cierto. Sin el encuentro de la Reina con Colón en Santa Fe no habría sido posible, al menos entonces, el descubrimiento»

Así que tenía su permiso desde hace mucho tiempo. ¡Cuántas veces Miguel me habías contado cómo fue el traslado del cadáver de doña Juana la Loca, desde Castilla hasta Granada, donde está enterrada, enmarmolada, que parecía que fuiste cronista de aquel viaje, de aquel tenebroso cortejo! ¡Cuántas veces hemos hablado los dos, tú y yo, igual en casa Juanito, comiendo aquella carne asada tan rica, cuando me decías:

–«No te olvides de que soy navarro, de la cepa navarra de verdad, y que sé lo que es una buena carne!».

El día antes de que se nos fuera hablaba yo con Ramón García en el estudio que lleva mi nombre en Sevilla, en el estudio de la tele que todavía no sé por qué lleva mi nombre y donde quieren retratarse conmigo. (Claro, a ser posible los granadinos que vienen al programa de la tarde, donde en cuanto puedo, siempre para bien, saco el nombre de Granada a relucir...).

–«Me han dicho que está muy malito Miguel. Yo soy de muy cerca de su pueblo en el Roncal, de Bueyes, donde tiene la casa paterna Miguel»

–«No es que está muy malito, es que se nos está yendo. La palabra muerte las menos veces posible, pero Zoilo Martínez de la Vega me ha contado que estuvo a verle en la Fundación Jiménez Díaz, de Madrid, y que ya le vio muy mal»

Agonizaba Miguel desde hacía mucho tiempo. Zoilo –que es un excepcional periodista, director de EFE entonces en Centroamérica, que me abrió las puertas del ombligo del continente que lleva nuestra lengua y que está en mi libro de los 'asturamericanos', donde están casi todos los asturianos que en América encontré– había ido a verlo hace unos días y a la vuelta me llamo muy triste.

–«Tico, hijo, que se nos va Miguel. He ido a verle y me ha dicho con un hilo de voz y el quince por ciento sólo de su corazón, que se moría y me besaba la mano...».

Pocos días después, Miguel se escapaba como un quetzal, vivo, hacia allí donde están sólo los elegidos, porque tiene que haber un lugar para los que, como él, lo han dado todo, siempre, para que los demás supieran lo que él aprendió.

El penúltimo reportero

Era cierto lo que les digo. Miren que hace unos días yo escribía en esta misma página de los domingos que cuando se fue Fernando Múgica no era el último reportero, sino el penúltimo. Y no me refería a Miguel, no, sino a mí mismo, que aún tengo cuerda, aunque hoy me han llamado no se dónde 'anciano' y me he sentido protegido por un impermeable bajo la lluvia constante de la memoria.

Bueno, anteayer, en el AVE, de viaje con mi compadre Curro Romero. Llevaba con él la portada de ABC de Sevilla conmemorando ese día, aquel de hace cincuenta años en que puso en pie a la plaza de Madrid con aquellos seis toros a los que cortó seis orejas abriendo la puerta, como escribió ese día en una crónica magistral mi todos los días maestro Antonio Burgos. Decía aquello de que ese día se abrió la puerta de esa nueva 'religión' llamada 'currismo'.

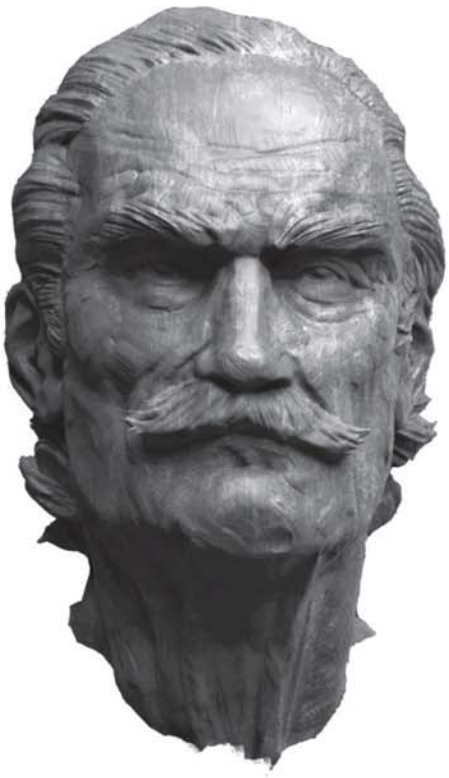
Y Carmen, esa excepcional criatura que está a la vera de Curro, su esposa, me preguntó por Miguel, que le habían dicho que se «nos iba poquito a poco» y yo le recordaba a mi compadre de cuando nos llaman octogenarios y él que es como Miguel, algo mayor que yo, me suspiraba:

–«Compadre, es que una cosa es que te digan octogenario y otra, la verdad, que ya has cumplido ochenta años, que octogenario tiene su guasa».

Cierto. Hablábamos de Miguel, también casi de nuestra quinta. Siempre echaba por delante sus años cuando hablábamos, casi todas las semanas, por teléfono. Pero esta vez, no me llamó para contarme lo de Fernando Múgica, como otras veces.

Es que nos vamos quedando solos. Fíjate que ya no sé si me entienden cuando hablo...

Y comentábamos lo que a nuestro alrededor había. Bien lo sabe Dios, como se dice en Granada,



:: JOSÉ MARÍA GUADALUPE

que cuando yo iba por primera vez a América, él ya estaba navegando por primera vez el Amazonas. El embajador en Colombia era granadino, y me comentó que si había visto en el periódico una pagina con un anuncio grande de un tipo duro con una barbaza, de las que ahora se llevan, sentado encima de un cofre, del que escapaban collares de perlas autenticas, monedas de oro de potosí... y aquel título debajo que gritaba:

«No seas como éste salvaje. Guarda tu dinero en el banco de Bogotá».

Y era Miguel. El embajador había ayudado a que hiciera este anuncio, pagándole, para que aquel olímpico español que lanzaba la jabalina pudiera hacer su sueño realidad. ¡Cuántas veces, cuántas cosas, amigo Miguel de la Quadra, que comentábamos siempre, últimamente ya por teléfono! Miguel, que se ha quedado sin hacer el regalo que me ofreció:

–«Voy a regalarte para ti, porque sé lo que vale, un calcetín del Che Guevara que me traje de San Andrés, en lo alto de Bolivia, cuando fui a verle después de que lo mataran».

Me lo debe Miguel. Como tantas otras cosas que yo le debo a él. Aquella casi noche horrible, que escapábamos de Lagos, tras el golpe de estado en Nigeria, en el que asesinaron a Sir Abubakar Tafaba Valeva sus propios oficiales de la guardia. Y nosotros habíamos estado la noche anterior bailando con las princesas yorubas de los vientres tatuados. Cuando nos llevaban hasta el avión, casi presos, aquella zarza que se movió, y de pronto, de allí emerge Miguel, escapado, huido, y me echa encima un paquete de diez kilos, con esta obligación:

–«Llévala a la tele, yo no puedo. Estoy aquí con un grupo de cazadores de elefantes, que son pigmeos, y no puedo llevar el material a Madrid. ¡Gracias hermano!»

Y desapareció en el bosque, como un bosquimano. No saben ustedes lo que me costó pasar el paquete, que eran mas de veinte kilos de peso de películas entonces dentro de unas latas de aluminio redondas.

O cuando nos retratamos con la reina doña Sofía en aquel convento de Cartagena de Indias con aquel guacamayo en el hombro. ¡Dios, qué recuerdos!

–«Aquí es donde bebió Gabriel García Márquez la historia de 'El amor en el tiempo del cólera'».

Otro Miguel, Ríos

Tantas cosas. Y va se me va el día, que yo tenía que escribir la hermosa noticia de que a otro Miguel, tan nuestro Miguel Ríos, nombre de arcángel y apellido de agua –que ya le dije alguna vez–. Bailaba el rock vestido de catedrático y en la Universidad de Granada. ¡Qué gran idea, merecida Miguel, mi viejo y lejanísimo amigo, nadie sabe por qué. Quizá por culpa de que somos granadinos, que puede ser posible... y todo lo demás, que es tanto siempre. Pero hoy le tocaba a Miguel, sigo cantándole el 'huerfanito' al conde de las pasiegas, el sabe a quién me dirijo, ahora más con este, que es inimitable, inigualable, que todos queríamos ser como él y al que la Ruta Quetzal, le recordará siempre.

Una escuela de España en la vieja América. ABC acaba de escribir en su memoria: «El periodista que quiso ser Hernán Cortés». Vale. Es bueno el título, pero yo añado: «Lo que sí era es el mejor cronista de América, el último Bernal Díaz del Castillo», que está enterrado por cierto en la catedral de la capital de Guatemala y al que un día fuimos los dos a verle. Me llevó él a pasarle la mano por encima de la lapida, por si se nos pegaba algo...

Adiós Miguel de la Quadra Salcedo. Insisto. Es la última vez que me ganas la partida. Siempre que llegaba a América tú estabas de vuelta. Me ganabas por la mano. Ahora también. Espérame en esa raya amarilla de donde no se vuelve. Hoy los periódicos dan una foto tuya, con tu enorme boina de navarro y tu bigote de 'alatriste', los ojos claros. Adiós Miguel, nos vemos.

press reader Printed and distributed by PressReader PressReader.com + +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

La huella segoviana de Miguel de la Quadra-Salcedo

«Era un hombre humilde, sencillo, y siempre se mostró cercano a todo el mundo», afirma su amigo Salva Lucio

:: CARLOS ÁLVARO

SEGOVIA. La muerte de Miguel de la Quadra-Salcedo se ha sentido especialmente en un rinconcito de Segovia que él frecuentó siempre que la visitó: El Aqüeducto, la tienda de recuerdos que el popular Salva Lucio y su esposa, Angelines, regentan en la calle Teodosio el Grande, a escasos cuatro metros del puente romano. Salva, uno de sus mejores amigos segovianos, está visiblemente afectado, aunque ya sabía que Miguel «andaba mal», dice.

Más de veinte años siguiendo los pasos del célebre aventurero en la Ruta Quetzal dan para mucho. Las anécdotas se agolpan en la cabeza de este folclorista segoviano que tanta alegría ha llevado por las lejanas tierras del Nuevo Continente. «Miguel era un hombre muy especial. Una de las cosas que más me impactaba en aquellas expediciones era el ambiente de convivencia que creaba en el grupo. Los chicos lo admiraban: era un imán para ellos, una persona con mucho carisma, siempre preocupada por limar asperezas, por lograr que el grupo fuera un todo», asegura Salva.

Viajar junto a Miguel de la Quadra Salcedo era una impagable lección de vida, pero también de periodismo: «Era un sabio, un maestro de periodistas y del reporterismo. Sabía perfectamente lo que interesaba a los medios y lo que no. Y, además, el mejor embajador que podía tener este país. Con él no había problemas de rivalidad, de banderas, de presunción; era un hombre humilde, sencillo, y siempre se mostró muy cercano a todos, también a los indígenas». Salva Lucio no es el único segoviano amigo de Miguel. También lo acompañó en sus aventuras por América Julio Michel, el director de Titirimundi. Julio iba con el grupo de teatro Libélula, invitado a participar en la Ruta Quetzal. «Para mí, haber conocido a Miguel de la Quadra supone haber conocido América. Tuve la suerte de recorrer con él más de veinte países, durante muchos años, gracias a la Ruta Quetzal. Le encantaba el sonido de las dulzainas segovianas, que llegó a convertirse en la banda sonora de aquellas excursiones», rememora Michel con nostalgia. También subraya el director del Festival Internacional de Títeres la sabiduría que encarnaba el reportero: «Era un sabio. Lo sabía todo de América, de los países que pisaba, y conseguía que aquellas rutas se convirtieran en algo mágico y misterioso para los chavales que en ellas participaban. Era fabuloso».

En 1995, Miguel de la Quadra-Salcedo pronunció en Segovia el pregón de las Ferias y Fiestas de San Juan y San Pedro. Siempre que pudo hizo pasar la Ruta Quetzal por debajo del Acueducto. Los segovianos guardarán de él un recuerdo muy especial.

Miguel de la Quadra, en el centro, flanqueado por Salva Lucio y su esposa, Angelines, hace unos años, delante del Monasterio del Parral. :: EL NORTE

LOS CUADERNOS DEL QUETZAL

ADIÓS A MIGUEL DE LA QUADRA SALCEDO

JORGE P. RODRÍGUEZ GARCÍA

Miguel, siempre dispuesto no sólo a escuchar, sino a participar en la música, incitaba a los ruteros a conocer los ritmos del mundo. / JORGE P. RODRÍGUEZ

UN LIBRO, UNA MÚSICA, UN RÍO: UNA VIDA

La mochila del aventurero nunca está llena. A sus espaldas acarrea un enorme bagaje de sensaciones, personas y paisajes, pero aun así tiene un hueco para nuevas vivencias. La inquietud y la pasión caracterizan a ese amante del conocimiento que decide crear una vida activa en la que siempre hay algo nuevo por descubrir, algún lugar al que viajar o una conversación pendiente. Miguel de la Quadra Salcedo, a través de su programa, la mítica Ruta Quetzal, nos dejó su más preciado legado: esa mochila sin fondo que hay que llenar, pero que también es fuente de felicidad. Conocer a Miguel es conocer la ruta, en la que puso en práctica sus valores para compartirlos con jóvenes de todo el mundo, pero en concreto, si queremos acercarnos a la figura del gran periodista vasco-navarro, hemos de hacerlo a través de tres elementos fundamentales para él.

La presencia de Miguel de la Quadra en las vidas de los expedicionarios de Ruta Quetzal ha dejado una gran huella. / J. P. RODRÍGUEZ

Los libros no podían faltar en su entorno. Célebres son imágenes suyas, en los más recónditos lugares del planeta, aprovechando para dedicar su tiempo a la lectura. Y si hay un libro que defina su vida, ése es el Quijote: ilusionado con el mismo espíritu del hidalgo manchego, bautizó a nuestra ruta con el nombre el ave de la libertad, el quetzal. Una vida quijotesca de alguien que apenas necesitaba un pequeño motivo para ser feliz, porque aprendió a valorar esos detalles que hacen de cada momento algo muy especial. Al igual que Alonso Quijano, la mera ilusión de estar recorriendo el camino y de ir rumbo a nuevas aventuras ya era para Miguel el motor que lo hacía imparable.

La música era otro de sus pequeños caprichos. Sus regalos eran los conciertos en ruta que los expedicionarios interpretaban. Pero creo que la melodía más especial, de todas aquellas que nos dio a conocer, es la del oboe de Gabriel, banda sonora de La Misión, poniendo armonía en los primeros encuentros entre España y América. En cientos de mañanas, bajo los techos de nuestras tiendas, en todo tipo de situaciones, desde el caos de aguaceros torrenciales hasta la furia de vientos huracanados, las notas de Ennio Morricone sonaron para arrancar una sonrisa de nuestras caras en los despertares más especiales que se puedan imaginar.

Finalmente, no podemos entender la personalidad de Miguel de la Quadra sin acercarnos al su río más íntimo que, sin duda, ha sido el Amazonas. Era su rincón favorito, en la redondez del planeta, para perderse, para dejarse llevar en un universo de sonidos, olores y sabores, yendo al encuentro de los grupos indígenas, y dando con ello rienda suelta a su faceta más antropológica. Allí decidió llevarse a su mujer y su hijo durante un año, para recorrer el río en una balsa, con la firme convicción de que, durante un año en el Amazonas, aprendería mucho más que en el colegio. Su determinación por hacer frente a retos difíciles también impulsó, hace un par de años, a que Ruta Quetzal ascendiera al nevado Quehuisha (Perú), a más de 5000 m de altitud, al punto que está considerado como la fuente del río Amazonas.

He vivido una infinidad de momentos junto a Miguel, y gracias a él, hemos hecho el mundo un poco más pequeño, acercando posturas y dándonos cuenta de que lo que nos une puede ser más fuerte que lo que nos separa. Él solía afirmar que quería morir con las botas puestas y, en efecto, lo ha hecho, porque sus botas están ahora en los pies de miles de ruteros.

press reader Printed and distributed by PressReader
PressReader.com + +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

EL HERALDO DE ARAGÓN

Miguel de la Quadra, la aventura del reportero

- *Por Pilar Cernuda*

La aventura es el término que más se repite en los artículos que ponderan y glosan la figura de Miguel de la Quadra-Salcedo. Pero Miguel era, sobre todo, un periodista de raza. Se dedicó a esa rama del periodismo que obliga a salir de las redacciones para vivir, sí, aventuras apasionantes, para conocer el peligro y abordar a los personajes que hacen historia. Eso es lo que hacía este gran reportero que ha muerto octogenario, pero con el corazón de un joven deseoso de comerse el mundo y de vivir nuevas experiencias.

Miguel de la Quadra-Salcedo consiguió la cuadratura del círculo: que todos lo quisieran, que todos lo quisiéramos, sin resquicio ninguno para las rivalidades profesionales, tan habituales en este oficio. Era del mismo molde que Manu Leguineche. Los dos –muy buenos amigos– compartían la idea de que el buen periodista es Habitual para el gran público durante muchos años, Miguel de la Quadra-Salcedo, que falleció el viernes, fue sobre todo un gran reportero, un periodista curioso e inquieto, de los que se empeñan en estar siempre allí donde está ocurriendo la historia el que puede decir «yo estuve allí». No iban a los libros a documentarse para escribir sus reportajes o redactar sus crónicas, se plantaban allá donde se producía la noticia. Guerras, catástrofes, acontecimientos protagonizados por personajes de muy distinta ideología y trayectoria; ellos estuvieron allí y conocieron a quienes provocaban los titulares. Miguel además –al contrario que Manu, un gran tímido– no tenía límites, con un cuaderno o un micrófono en la mano lo mismo era capaz de abordar al Papa que al inalcanzable jefe militar de un ejército en guerra, a una víctima que a su verdugo, a presidentes que a delincuentes, a guerrilleros míticos que a quienes los perseguían.

Luego estaba su pasión por la naturaleza, por los pueblos apartados de la civilización, por la historia en general y por la historia de España y de Iberoamérica en particular. Su Ruta Quetzal ha hecho mejores a miles de jóvenes de este y del otro lado del Atlántico, ha provocado amistades inquebrantables entre muchachos de distintos países y con una lengua común, un trabajo impagable al que Miguel dedicó todo su esfuerzo.

Era un gran tipo. El mejor y un incansable compañero de viaje, el más joven de espíritu entre los periodistas veteranos. Un maestro que no iba de nada excepto de reportero entusiasta. Una persona extrovertida, sensible, de trato muy cálido, detallista. Se ganaba a la gente en el primer encuentro, desde el Rey al periodista recién salido de la facultad.

Me perdí hace muchos años en un Bagdad peligroso, de noche, sola. Todos pensaban que me había ido en el otro coche, algo que en esas circunstancias ocurre con frecuencia. Al llegar al hotel y no encontrarme, los compañeros decidieron que lo mejor era esperar, pensando que en el restaurante me habrían metido en un taxi. Miguel cogió el primero que encontró y salió disparado a buscarme, peinando el barrio en el que habíamos cenado hasta que me encontró andando por una calle desierta tratando de orientarme. Intuía que, en aquellos días convulsos, ningún restaurante iraquí se ocuparía de ayudar a una mujer extranjera y sola.

Vi a Miguel por última vez en Pamplona. Rodeado de amigos, como siempre. Contándome sus nuevos proyectos. Como siempre.

ATLANTICO

Miguel, el Gran Quetzal

- *MANUEL MOLARES DO VAL*

Él y su amigo Félix Rodríguez de la Fuente, fueron un ejemplo seguido por generaciones de jóvenes

Miguel de la Quadra-Salcedo, el Gran Quetzal, acaba de morir en Madrid a los 84 años, y en el mismo día que Colón hace 510 años, tras una vida de aventura descubriéndonos el planeta, sobre todo la América que conquistó con conocimiento, entrega y afecto.

Miguel era uno de los seres más abiertos, fascinantes, sabios, bondadosos, y a la vez heroicos, que pueden haber existido, y era tan generoso con la amistad y poseía tal bonhomía que era imposible no quererlo y admirarlo.

Fue un héroe legendario al que ayudaba su impresionante físico de campeón de atletismo, enérgico, poderoso, como el que crean para sus superhombres los dibujantes de la Marvel.

Fue uno de los grandes narradores de la era heroica de la televisión en guerras y mil historias humanas contadas con neutralidad, pero siempre con emoción y veracidad.

Él y su amigo Félix Rodríguez de la Fuente, fallecido en accidente en 1980, fueron un ejemplo seguido por generaciones de jóvenes. Eran estrellas de una televisión sustituida por las letrinas de Hombres y Mujeres o Sálvame de Luxe.

Las hazañas de sus dos últimas décadas estaban inspiradas por el quetzal, el ave centroamericana de mayor belleza, expresión de la libertad, y quizás en peligro de extinción.

Con su familia y amigos --entre ellos el rey Juan Carlos -- se centró en dar a conocer España con la "Ruta Quetzal" en la otra España –y Portugal-- que es Iberoamérica, y a la inversa.

Unos 10.000 jóvenes del Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico aprendieron con él a apreciarse y amarse.

En las redes sociales, máquinas de despedazar personas, está ocurriendo un prodigio: nadie, absolutamente nadie, escribe una palabra contra Miguel, sólo hay muestras de afecto al Gran Quetzal.

Un aventurero de los de antes

■ La vida de Miguel de la Quadra-Salcedo Gayarre (1932-2016), nacido en Madrid pero siempre ejerciendo de vasco, daba para una película y aún quedaría para una secuela. Olímpico en Roma-60 fue *recordman* mundial de lanzamiento de jabalina con el método Erausquin, que bebía de los lanzadores de troncos escoceses, hasta que la Federación Internacional no lo homologó por peligroso. Reportero de guerra de los de antes, escapó por los pelos del pelotón de ejecución en el Congo liberado a tiro limpio por un comando cubano con el que había hecho amistad antes de su detención por filmar para TVE donde no debía. Estuvo en las trincheras de Vietnam y con Allende en el golpe de Estado de Pinochet. Más adelante lo recordamos trabajando codo con codo con Rodríguez de la Fuente y con su proyecto

Miguel de la Quadra en foto reciente.

estrella *Aventura 92*, reconvertido en la *Ruta Quetzal*, que todavía se hace. Una vida tan intensa como la suya no tendría que acabarse nunca. Una verdadera pena y más para los que, aunque fuese por unas horas, tuvimos el placer de entrevistarle en una visita al INEF de Lleida.

HOY

Miguel, el Gran Quetzal

- *ALBERTO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ*

EL «baqueano», término familiar para los aventureros de la epopeya americana del siglo XVI, que el diccionario define como, «práctico de los caminos, trochas y atajos», que él se aplicaba a sí mismo, ha perdido con su muerte a su último representante.

Miguel de la Quadra-Salcedo. Personaje peculiar al que por mucho que se tratara nunca dejaba de sorprender con la genialidad de sus insólitas e imprevisibles ocurrencias y saberes. Con la imagen de capitán de los tercios de Flandes que le proporcionaba su rubio mostacho a la borgoñona y su envidiable porte de gran personaje; vitalista, imaginativo, incansable, líder nato con una irresistible capacidad de atracción para el dirigentismo, ni su enorme corpachón era bastante para contener tanta personalidad.

Lo conocí en 1959 en el campamento instalado en los inigualables pinares del Raso de la Nava, Covaleda. Él 28 años, monitor deportivo; yo, 18, acampado raso. También estaban allí César Pérez de Tudela, Fernando Soto Campos, Leandro Bello Collado, Manuel García Serrano, 'Nube Roja', Ángel Fernández Córdoba, Antonio Navajas, y otros jóvenes que no mucho después descollarían también en el campo de la aventura, el viaje, el montañismo, el deporte y el aire libre.

A partir de entonces mi contacto con Miguel no se rompió, surgiendo un sentimiento de entendimiento y estima mutuos que sucesivos encuentros fueron estrechando. Unas veces era él quien me invitaba a sus correrías, o me pedía informaciones y sugerencias para la organización de sus singladuras; otras era yo el que lo reclamaba. A la Ruta Quetzal me incorporó varios años para que hablara a los muchachos de los conquistadores extremeños. Como iba en nombre del periódico HOY, unas veces me presentaba como «el periodista» y otras como «el profesor».

Cada vez que la Ruta pasaba por Extremadura, y fueron muchas, pues a Miguel le fascinaba nuestra tierra, no dejaba de llamarme para que los acompañara algunas jornadas. En la de 2005, por intentar emularlo en una pirueta que realizó en el monte Igueldo, de San Sebastián, me quebré un brazo, que en primera instancia él me entablilló «a la manera quéchua». Él por su parte intervino como invitado en Aula HOY en cuatro ocasiones entre 1997 y 2004. Todas con asistencias masivas que desbordaron la amplia sala del Hotel Zurbarán de Badajoz, sede entonces de nuestro foro. En el que también participaron, por cierto, algunos otros de los del Raso de la Nava.

Garcilaso de la Vega define en el siglo XVI, en dos magníficos endecasílabos, al arquetipo de hombre renacentista, como aquel que, «alarga y suelta a su placer la rienda, mucho más que al caballo al pensamiento». Pues **Miguel de la Quadra-Salcedo** fue más, pues no solo alargaba a su placer la rienda del pensamiento sino también la de la acción. En alguna ocasión le dije que debía adoptar como mote el que ya usara en el siglo XV el primer conde de Pimental. «A la espada y al compás, más y más, y más y más». Y decía siempre: «Lo pensaré».